

EDUARDO NICOL, DEL OFICIO

[Tomado de: Revista Anthropos, Extraordinario No. 3, 1998, Barcelona, pp. 166-168]

¿Qué está implicado en la palabra oficio cuando se emplea en relación con la filosofía?

Decimos oficio y pensamos en una profesión. Pensamos en que la filosofía puede *ejercerse*, como la medicina, o la abogacía, o la carpintería. Ejercitar viene de *exercere* y denota alguna suerte de actividad: el empleo de alguna potencia o capacidad productiva o remuneradora. Para que esto constituya un oficio, se requiere que el ejercicio sea repetido y que lo ejecuten varias personas. Además, la filosofía se ejerce por vocación. Pero alguna vocación existe, como el sacerdocio, que se ejerce, y es profesión, pero no es oficio. La filosofía es profesión y es oficio. Esto aclara el asunto y lo complica a la vez. ¿Qué tienen en común el oficio de abogado, el de carpintero y el de filósofo?

Por alguna razón que no se explica, atribuimos mayor rango a la profesión que al oficio. Pensamos en los oficios manuales, y pensamos en las profesiones intelectuales. Decimos que un pintor o un poeta «tiene mucho oficio». Sin precisar de momento en que consiste eso de *tener* oficio, puede creerse que también el filósofo puede tenerlo, y que no hay mengua en la dignidad social de la filosofía si hablamos del oficio filosofar. Al fin y al cabo, todo quehacer regular constituye un oficio. Pero el ejercicio no es entonces singular o individual. Para que haya oficio tiene que haber comunidad de oficiantes. También es necesario que la comunidad se beneficie. Tenemos, pues, que la comunidad es un componente del oficio filosófico.

Existen, en efecto, los profesionales en filosofía. Entre ellos se establecen unas relaciones particulares; con ellos se constituyen unas agrupaciones, tales como las escuelas, las instituciones académicas. De las relaciones eventuales y de las instituciones permanentes quedan excluidos los demás. Cuando hay un oficio, los *demás* son los profanos. La profundidad es el extremo opuesto a la profesionalidad. La filosofía es un oficio profanable. Entre estos dos extremos se sitúan aquellas personas que no son ni profanas, o sea por completo ajenas a la filosofía, ni oficiales o ejercitantes. A estas personas las llamamos aficionados.

Si las cosas se presentan así (y me parece que no cabe duda en esto) entonces ellas pueden resultar desconcertantes. En el ejercicio de oficios y profesiones interviene el amor (aunque esa virtud ya es hoy poco frecuente, o más atenuada que antaño). Se trata del amor por el producto del ejercicio, y hasta por el ejercicio mismo. En el oficio de pensar que es la filosofía, el amor aparece ya en su propia definición. *Philosophia*, amor de la sabiduría. Esto significa que la *sophía* no sólo se ejerce, sino que es producto ella misma de un ejercicio. Que la *philia*, como una de las varias formas del amor, es algo que requiere un ejercicio, ya todos lo sabemos. Que haya además un oficio de la *philia*, o sea literalmente un amor oficial, como es el amor de la sabiduría, esto sí es cosa que nos pilla de nuevas. Aquí tenemos un oficio que *consiste* en amar. Se comprende que la gente sospecha, aunque no lo diga, que el filósofo es un tipo raro.

Los aficionados también aman. La afición es una de esas variadas formas del amor a las que acabo de aludir. Pero entonces los profesionales de la filosofía serían los verdaderos aficionados: aquellos cuya afición es bastante fuerte como para empeñar el ser entero, como para dedicarle lo principal de la vida. Y si la *philo-sophía* no es más ni menos que una afición por la sabiduría resulta de ahí que los filósofos oficiales son doblemente aficionados (lo cual no es cosa liviana): son los aficionados a una afición. ¿Y aquellos a los que llamamos aficionados, sin juegos de palabras? Estos son, sencillamente, aficionados sin oficio; son

aquellos que tienen un amor marginal por el saber; aquellos cuya afición por el saber no constituyen forma de vida.

En el lenguaje ordinario, «hacer uno su oficio» significa «desempeñarlo bien»; es decir, empeñarse en su ejercicio para obtener el mejor de los resultados. Pero ¿qué es *hacer* filosofía? Un oficio es un hacer. Filosofar, en efecto, es un hacer. ¿Qué clase de hacer? ¿Que es lo que hace? La pregunta es oportuna, porque eso del profesionalismo filosófico no existió desde el comienzo. ¿Cuándo empezó a haber un oficio de filosofar? Lo hubo desde muy temprano. Existía la vocación. Esto es claro, porque la vocación está implicada en la conciencia que tuvieron los primeros, los presocráticos, de que la filosofía era una cosa distinta de todas las que se hacían entonces.

Los primeros filósofos fueron realmente unos hombres extraordinarios, por lo que ya todos sabemos; y además por esto: por la conciencia vocacional. Lo que vale tanto como decir: por la conciencia oficial. Eran innovadores de oficio. Después de ellos, nadie más ha producido, naturalmente, algo con ese grado de originalidad. A todos nosotros, cuando se nos plantea la cuestión vocacional, disponíamos del ejemplo de los profesionales contemporáneos, y además disponíamos de información sobre los primitivos. En estas condiciones, si llegamos a sentir alguna afición por la filosofía, ya sabíamos a lo que nos arriesgábamos.

Los milesios fueron valerosos. El camino de vida que eligieron era inexplorado. Lo desconocido intimida; pero también atrae. Quizás por esto, ustedes, los estudiantes de hoy, sean más temerarios. Porque ya saben que vivir filosofando requiere mucho esfuerzo y trae escasas recompensas (si no es que trae hostilidades y persecuciones). Los primeros filósofos no sabían nada de esto. De suerte que su temeridad contenía una alta dosis de inocencia. Los oficiantes de hoy no son tan cándidos.

Si se tiene vocación se tiene oficio, pero no en el mismo grado. La vocación puede ser auténtica e intensa, y el oficio nada más que regular. Al principio, la notoriedad acompaña a la vocación. Un griego del siglo V a.C. pudo haber dicho: «Esos que se dedican a la filosofía». Claro está que entonces todavía no estaba en uso la palabra filosofía. Da lo mismo. Había en el seno de la comunidad algunos hombres (muy pocos) que se distinguían del resto; que se comportaban de una manera peculiar (el caso más patente fue el de Heráclito). Esos hombres decían cosas raras (aunque cada uno parecía comprender de qué hablaban los otros). Sin embargo, no llamaban la atención por la rareza, sino precisamente porque estaban creando una base nueva de entendimiento entre los hombres; que no era de fácil acceso, pero a la que se podía llegar mediante aprendizaje. Pronto se vio que la filosofía era una *paideia*. Hoy veremos que la *paideia* es parte del oficio. Pensar y explicar están encadenados. (Por esto yo no creo mucho en el filósofo callado: en la filosofía silenciosa. La filosofía es habladora. El oficio es pericia en la expresión).

Un oficio nuevo crea un mundo de profanos. Lo que distingue al profano, si es consciente de su estado, es el deseo de dejar de serlo. Esas cosas raras que decían y escribían los presocráticos eran en principio comprensibles: comunicables, o sea destinadas al común de los mortales. Si estos se interesaban es porque, además, el filósofo planteaba cuestiones que incumbían a todos: que despertaban en todos un afán de saber que estaba latente.

Los oficiantes de la filosofía revelan que el hombre es el único ser que interroga. Todo cuanto le rodea suscita preguntas. Quiere decir que esto que vemos con suma claridad no está tan claro como parece. La filosofía crea el oficio de preguntar. Y junto con el mundo que nos rodea, existe el mundo que nosotros albergamos; el que nosotros construimos y que nos constituye; éste, que es el más cercano, es el que mayor número de preguntas suscita. Sócrates es el maestro en el oficio de preguntar. Pero no solo existe la filosofía como oficio de preguntar; además existe un oficio especial de la pregunta misma. Gracias a la filosofía,

reparamos en que no todo el mundo sabe preguntar. Y entonces la cuestión del oficio se ilumina, con una comprensión que ya nada podrá enturbiar: el filósofo interroga por oficio.

Las palabras del filósofo despertaban el interés de las personas cultas (y tal vez sigan despertándolo, mas o menos, en nuestros días). Resultó incluso que, para ser cabalmente culto, era preciso estudiar esa nueva forma de *sophia* que se llamaría *philo-sophia*. Nació de este modo la afición por una sapiencia educada, que ya no se extraía solamente de la experiencia y del buen consejo de los hombres sabios. Los filósofos se hicieron maestros, y así se acreditó públicamente el profesionalismo. Teníamos, pues, dos oficios: el de pensar y el de enseñar.

Los primeros maestros, que ya eran por consiguiente profesionales, enseñaban filosofía, pero no enseñaban el oficio. Saber cuáles eran las ideas no era, ni es, lo mismo que aprender el arte de manejarlas. El arte en griego se dice técnica, y la técnica es un componente del oficio. Esto, al aficionado, no le interesaba. ¿Quiere decir que se puede filosofar sin oficio? Esta pregunta nos lleva a otra, no menos intrigante: ¿quién es mas auténticamente filósofo: el aficionado o el oficiante?

Sin duda el aficionado es mas libre que el profesional, tiene menos compromisos y responsabilidades. También tiene menos oportunidades de llegar a la verdad. O no dice nada, guardando para si mismo el saber que pudo adquirir; o dice lo primero que le pasa por la cabeza, como un Jenófanes cualquiera. Este es un pensador, diríamos, sin oficio ni beneficio. Pues ¿qué beneficio trae la ocurrencia personal y eventual? Los profesionales (se entiende que los buenos) brindan beneficios incluso cuando, alguna vez, incurren en errores. Los errores sin oficio son infinitos.

Oficio. Oficio de pensar y de hablar. El primero implica la capacidad de articular las ideas; de establecer sus conexiones; de dar la prominencia a las principales; en suma, de ir en cada caso al meollo del asunto. El oficio de hablar consiste, en suma, en la capacidad de utilizar del mejor modo todos los recursos expresivos del lenguaje, con especial cuidado de la claridad. Porque un pensamiento cuya expresión no es clara es un pensamiento que permanece oscuro en la mente. Oficio. Esta palabra deriva del latín *officium* que significa servicio, función, y que está compuesto de las raíces de *opus*, la obra y *facere* hacer. En algunas ocasiones, la buena calidad de la obra esta implicada en el sentido del hacer. Entonces el oficio no designa una operación, sino una excelencia. Y así, cuando decimos «Este fulano no tiene oficio», indicamos que es un mal operario. En fin, a cualquier hombre dignificado por su oficio y beneficio, se le puede interrogar (en latín, para que entienda) empleando el verbo *facere*; *Quid faciunt*, que se traduce diciendo. «¿Para qué sirven? ¿Para qué sirven las obras de la filosofía?». Pronto descubre el estudiante que hay cosas que hace el hombre que sirven para ser hombre. Si el *officium* es servicio, hay que dar por entendido que el filósofo presta un servicio. Lo que hace podrá carecer de utilidad, pero es servicial.

Estas divagaciones sobre el oficio del filósofo van dirigidas particularmente a los estudiantes de reciente ingreso; a quienes no voy a dar consejos, pero sí voy a hacerles una advertencia. No se fíen de lo que la gente dice. No hay carrera más difícil que la de filosofía. Los estudios universitarios son indispensables para adquirir la condición de profesional. Aquí vienen Ustedes a aprender el oficio de aprender; aprendizaje que no termina nunca. Nunca dejarán de ser estudiantes, si son realmente hombres de oficio. Tiene que haber gozo constante en sentirse condenado de por vida a la filosofía. Los profesionales ya saben que no hay en la vida manera mas fácil de perder el tiempo que en la filosofía; pero que hermosa manera de ganarlo.